

Carrasquilla

Eduardo Escobar

Cuando me dispuse casi como un deber, como si pagara una deuda de ciudadano, y llenara una laguna en mi conocimiento de la pobre y querida historia de nuestra literatura, a leer las obras de Carrasquilla después de arrastrarlas por décadas bien cerradas en la fea edición de Bedout de Medellín empastada en plástico, pensé hallar una serie de aguadas, o aguafuertes de un costumbrismo más o menos refinado, un paso tímido delante de las costumbres de la escritura de su época. La abierta admiración por Carrasquilla de ciertos radicales del llamado entre nosotros marmertismo en unos casos, y en otros de la desprestigiada academia, me lo habían hecho sospechoso. Pero la mala espina se transformó enseguida en entusiasmo. No había en Carrasquilla nada, nada ridículo, banal, aburrido. Ni soporífero.

Confieso que mientras escribo me veo como un extraño con otros gustos. Pero hay que ser de piedra para no tomar afecto por el creador de *Dimitas Arias*, *El Zarco*, *Ligia Cruz*. La obra de Carrasquilla es inolvidable, nada anodina. Aunque el habitante de Medellín que la segregó no fue en su vida más allá de Bogotá. En sus cartas existe un recuento tan bueno, tan sabroso de leer como sus novelas, del viaje del provinciano en los asombros del ferrocarril y los barcos del Magdalena como capillas que flotan, hacia la capital de Colombia. En Bogotá lo descrestó Julio Flórez, violinista y poeta, por sus ojos de Dolorosa y su modo de recitar sonetos. La catedral le pareció inarmoniosa, con una torre más alta que otra. Silva, presumido y rubendaríaco al principio, aunque más tarde le mereció un elogio.

Aceptemos que la historia de la *Marquesa de Yolombó* está rematada a las volandas. Que al cabo

de la densidad y la tensión del relato el lector espera otra cosa que esa pobre desilusión. Y así pasa con la primeriza *Frutos de mi tierra*, más redonda y terminada en apariencia, aunque también sea aparentemente la más deleznable y provinciana. Y los cuentos también están solucionados como si el final el autor perdiera el interés más que el aliento. Carrasquilla, parece auténtico cuando se trata a sí mismo con despego y se dio fama de apresurado y perezoso. Confiesa que acabó escribiendo para convencer a un grupo de charladores de Medellín de que el pueblo antioqueño raso era tan novelable como el ruso raso.

Es obvio, Carrasquilla se dejó arrastrar por su labor. Y convirtió el simple propósito de dejar establecido en una tertulia de amigos que se podían escribir novelas con la gente del vecindario, en la conciencia de censar todas sus minucias cotidianas, sus vicios, los cocidos de sus cocinas, los juegos, la música, los bailes (hay, mal contadas, trescientas menciones a la música y los bailes en sus obras, entre las mazurcas de los nuevos ricos de Medellín y las olvidadas galopas y las cumbias de los mineros de río y las chirimías), los trabajos y los males, en fin, y las medicinas que los curaban, los árboles del sustento, las yerbas que comían, las leyendas del alma que los entretenían, los trajes. Todo el pueblo antioqueño, es decir, el de cualquier parte de este mundo, está allí puesto con ilusiones y deformidades. Vivo, visible en las ondulaciones de un enamorado del lenguaje.

Esto no significa que el valor de Carrasquilla deba buscarse en el simple interés antropológico. No es un científico. Es un artista.

Un jardín botánico de Nueva York hizo el acopio de los vegetales mencionados en Shakespeare. Medellín le debe el homenaje a Carrasquilla. Su obra está plena de árboles, de nombres de árboles, de frutos y yerbajos. Dicen que la riqueza léxica de Shakespeare supera la de cualquier otro escritor en la historia de la literatura. Cuando cuenten las

Este Shakespeare de pobres



palabras de Carrasquilla dará una sorpresa. Es posible que pocos escritores en castellano cuenten con una magnificencia y un esplendor iguales.

Si de la abundancia del corazón habla la boca el de Carrasquilla rebosaba. Le gusta aparentar el tono del coloquio, pero es un disimulo habilidoso. Sobre todo, le gusta regodearse. En el fondo, detrás y debajo del rumor del relato, corren y alborotan todos los ritmos del habla. Barroco y católico.

En este mundo triunfa en beneficio de la maldita eficacia y la economía que se impone sobre todos los otros criterios estéticos y morales, que vienen a ser lo mismo, la simplicidad anglosajona de corte protestante en las líneas de los muebles y los inmuebles y en la prosa. La exaltación parece ingenuidad. Algunos incomprensivos mantienen a Carrasquilla en el catálogo del costumbrismo. Tan solo por la inmensa simpatía que expresa por los seres del mundo que trata: su obra es un acto de amor. La indiferencia por Tomás Carrasquilla debe relacionarse con el desamor contemporáneo. Cuando toda devoción pasó de moda y parece simple candidez.

Carrasquilla carece de la vanidad del comediante común a tantos escritores, incluso entre los mejores. Mientras escribe sabe que lo único importante es la materia que lo ocupa, las palabras de la vida. En cierto sentido su lectura decepciona, no porque induzca el sueño, sino por bueno. Imposible no lamentar después de pasarse a vivir a sus invenciones, con sus chismes religiosos, en ese mundo politizado y activo, con una galería de personajes tan graciosos y verdaderos, que resuelva por mera desidia cerrar el asunto al correr de la pluma y cancelarnos el contrato de inquilinos y despacharnos en dos parrafadas de remate para dejarnos hambrientos. Hambrientos de un mundo tan bien digerido y observado con pasión magistral. Es la impresión que me dejó Carrasquilla. Y así confiesa él mismo que hacía.

En los comienzos el nadaísmo tuvo el aspecto de lo que hoy llaman un taller literario. Nos reuníamos por las noches a leernos nuestros producidos, y cuando llegaba la hora de ser implacables y de descalificar un texto se acudía al descalificativo: carrasquillesco. Aunque es seguro que pocos entre nosotros habían leído a Carrasquilla ni mal ni bien. Pero así fuimos.

Dicen que es inútil y desvergonzado referirse a las circunstancias personales que nos llevaron al conocimiento de un autor o un libro. No obstante, un libro me pertenece, no está separado de mí como un simple hecho intelectual, me toca. Cada libro es un asunto íntimo que apenas puede ser compartido, un sueño propio, aunque existan un millón de copias semejantes. Y un autor querido es un amigo querido. Sartre dijo que la literatura es la comunidad con los muertos.

Llegué casi viejo a Carrasquilla de quien me mantuve alejado en obediencia al mandato de las veladas nadaístas. Mi padre tenía sus obras completas en casa, pero yo las juzgaba sólo porque eran suyas como otro capricho de conservador recalcitrante. Cuando estaba por morir se decidió regalármelas y yo las recibí por evitarle otro desprecio o por la manía de guardar libros aunque no me apetezcan. Al cabo de los años, la bulimia del ratón de biblioteca que nos lleva a leer cualquier cosa por una concupiscencia irreprimible hizo que acabara entregado a Carrasquilla en una fila de noches de insomnios felices. En Carrasquilla encontré en la tarde de la vida un Shakespeare de pobres. Y fue para mí una experiencia gratificante. Un gran descubrimiento tardío. ■

Eduardo Escobar (Colombia)

Poeta, periodista y ensayista. Escribe columnas de opinión para el periódico *El Tiempo* y la Revista *Soho*.